

**Utopía y Praxis
Latinoamericana**



Utopía y Praxis Latinoamericana
Universida de Zulia
utopraxis@luz.ve
ISSN: 1317-8369
VENEZUELA

2002
Anna Quintanas Feixas
DEL MITO DEL HOMBRE DEMOCRÁTICO A LA NUEVA INTERNACIONAL CIVIL
Utopía y Praxis Latinoamericana, marzo, año/vol. 7, número 016
Universidad del Zulia
Maracaibo, Venezuela
pp.67-79

Del mito del hombre democrático a la nueva Internacional civil

From the Myth of Democratic Man to the New International Civic Myth

Anna QUINTANAS FEIXAS

Universidad de Girona, Facultad de Letras, España.

RESUMEN

En nombre de la exportación de los valores democráticos se ha pretendido justificar la introducción de los principios del neoliberalismo a escala mundial. El imaginario democrático ha sido utilizado como disfraz elegante para intentar encubrir la progresiva debilidad generada en el cuerpo social por los procesos de globalización de la economía. Pero a pesar del inicial triunfalismo del “pensamiento único”, paralelamente se ha ido generando toda un red internacional de resistencia que parece tener cada vez más un gran poder de movilización.

Palabras clave: democracia, neoliberalismo, globalización, resistencias.

ABSTRACT

Under the guise of exporting democratic values, the introduction of neo-liberal principles on a world scale has been justified. This “imaginary democracy” has been utilized to elegantly mask the intention to cover the progressive weakening generated in social bodies due to globalization processes in the economy. However, even when this “unification dogma” has appeared to be successful, in a parallel manner a web of international resistance appears to have ever greater mobilization power.

Key words: Democracy, neo-liberalism, globalization, resistance.

*“Una sociedad es democrática en la medida
 en que el pueblo pueda participar significativamente
 en el diseño de la política pública. (...)
 Una sociedad puede tener los aspectos formales
 de una democracia y no ser democrática en absoluto.”*

N. Chomsky, Mantener la chusma a raya,
Txalaparta, Tafalla, 1995, p. 165.

Hoy resulta especialmente relevante recordar que Nietzsche ya nos advirtió de que no podríamos librarnos de Dios mientras siguiéramos creyendo en la gramática¹. Desde la época de la Ilustración, la gramática occidental nos ha habituado a una serie de expresiones como las de “democracia”, “derechos humanos” o “libertad de expresión” que, con la solidificación impuesta por el transcurrir del tiempo, han pasado a formar parte de un absoluto incuestionable. Parecen haber adquirido una especie de poder sobrenatural que consigue que, ante su simple pronunciación, todos los fieles convencidos se arrodillen ante ellas sin sentir ninguna necesidad de reflexión sobre la historia de su contenido ni sobre las consecuencias prácticas que han conllevado.

Actualmente la principal función de este tipo de expresiones consiste en evitar análisis críticos sobre lo que realmente está sucediendo en nuestro mundo en proceso de globalización. Actúan como un velo enmascarador. Más que iluminar, ocultan y encubren. También Nietzsche nos puso en guardia ante el hecho de que la “muerte de Dios” comportaría la aparición de nuevos ídolos. La palabra “democracia” se ha erigido en uno de estos nuevos ídolos que, como tales, piden veneración incondicional y, por tanto, ceguera.

Para Nietzsche el cristianismo ortodoxo se podía resumir a través del mandamiento de “no pensarás”². Dios, como valor absoluto, exigía una simple obediencia a sus mandamientos. El dogma institucionalizado sólo admite la aceptación acrítica, rechazando cualquier posibilidad de diálogo o de discusión. Esto es precisamente lo que ha acabado provocando la invocación incesante de los valores llamados democráticos. En la Europa occidental y en EEUU, básicamente, se da ya por sentado que sus regímenes sociales y políticos se basan en el respeto de los derechos humanos gracias a la implantación de sistemas democráticos. Partiendo de esta premisa, y en nombre de la defensa de dichos valores, Occidente se ha otorgado, además, el derecho de dar lecciones al resto del mundo, utilizando, cuando se ha creído necesario, el poder de la fuerza militar.

Desde 1492, la civilización europea se ha sentido legitimada –en nombre de un “yo pienso” que en la práctica colonizadora se convirtió en un “yo conquisto”–, para llevar a cabo una función evangelizadora, no sólo a nivel religioso, sino también en todos los demás ámbitos sociales, políticos y económicos. Como destaca Fontana, Europa, ya desde la mitificada Grecia clásica, siempre ha necesitado inventarse un “otro” para reforzar y resaltar

1 Nietzsche, F: *Crepúsculo de los ídolos*, Alianza, Madrid, 1982, p. 49.

2 Nietzsche, F: *Ecce Homo*, Alianza, Madrid, 1984, p. 36.

los límites de su propia identidad. Esta función fue otorgada a los bárbaros en la Antigüedad, a los no cristianos durante el Medievo y al indígena primitivo en la Modernidad³. La alteridad, en el presente, la conforman las sociedades que aún no se han rendido al modelo democrático occidental.

Al menos a nivel simbólico, podríamos decir que a partir de la declaración de independencia de los Estados Unidos de América en 1776, la vieja Europa implantó un descendiente de sí misma en el Nuevo Mundo y dejó que el hijo orgulloso de su juventud fuera desplazando y substituyendo a la madre en las funciones de liderazgo mundial. A pesar de que la Revolución Francesa tuviera lugar en el viejo continente, fueron los EEUU los que consiguieron convertirse paulatinamente en la nueva potencia mundial. Sobre todo en el marco de las dos guerras mundiales, el “hijo inmigrante” consiguió imponerse como garante de los destinos del mundo contemporáneo. Aunque debe admitirse que la madre Europa nunca ha dejado de sentirse especialmente cercana a las decisiones de su vástago. En pocas ocasiones ha cuestionado esencialmente sus actuaciones y además se ha aprovechado de su papel secundario para que éstas, cuando no eran muy atractivas, no mancillasen demasiado su buena imagen.

La Revolución Francesa y la declaración de independencia de los EEUU consagraron el ideario a partir del cual se consideraría legítimo continuar con las viejas tareas evangelizadoras, pero partiendo ahora de los llamados valores democráticos. Ya en el siglo XX, fue desde este poderoso imaginario que se construyó la estrategia que se llevó a cabo durante la guerra fría. Las categorías de análisis eran simples y estereotipadas: democracia frente a totalitarismo⁴.

No nos debería sorprender entonces que desde la caída del Muro de Berlín hayan proliferado teorías como las del “fin de las ideologías” o el “final de la historia”⁵ que tienen como principal objetivo la demostración de que en la sociedad liberal ya se han materializado los ideales democráticos de la Ilustración. Según este registro no sería deseable que la historia continuara proporcionando cambios substanciales como ha sido habitual hasta el presente. Si en lo esencial ya han triunfado los valores democráticos en Europa y en los EEUU, lo único que quedaría entonces por hacer sería exportarlos a las demás zonas del planeta.

Resulta evidente que en nombre de esta exportación de los valores democráticos, lo que se pretende de hecho es la introducción del llamado “neoliberalismo” a nivel mundial. El imaginario democrático, que constituye el núcleo de nuestra mitología social, es utilizado simplemente como ropaje elegante para encubrir la progresiva debilidad generada en el cuerpo social por los procesos de globalización de la economía. Tal como intentaremos de-

3 Fontana, J: *Europa ante el espejo*, Crítica, Barcelona, 1994.

4 El hecho de que nunca se trató solamente de una cuestión de defensa de los derechos humanos lo comprobamos actualmente. La esperanza de vida de los habitantes de la antigua URSS ha descendido hasta los 58 años, mientras que antes de 1991 era prácticamente la misma que la de los europeos o la de los norteamericanos. El capitalismo brutal, a menudo en manos de las mafias, ha dejado indefensos a los sectores más vulnerables de la sociedad como los niños, las mujeres y las personas mayores. En octubre de 1999, la FAO hablaba de 34 millones de ciudadanos desnutridos en la antigua Europa del Este. Pero estas cifras no tienen demasiada importancia para el gran capital que sólo contempla las ventajas que supone la apertura de un nuevo mercado. Importan más las leyes del mercado que la democracia, sin duda.

5 Fukuyama, F: *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1994.

mostrar, al menos hasta el presente, estas nuevas relaciones económicas han aumentado de forma alarmante los índices de pobreza y las desigualdades sociales, tanto en el llamado Primer Mundo como en los países menos desarrollados. Y, desde el punto de vista político, no han contribuido al desarrollo de la democracia, sino a poner en entredicho su misma existencia⁶.

Aún así, los principios del neoliberalismo, durante los últimos veinte años, han logrado erigir una portentosa teoría con pocos heterodoxos que se atrevieran a cuestionarla. Hasta el punto que se ha acuñado la expresión de “pensamiento único” para definir su aplastante poder de implantación. Es una tarea realmente urgente reflexionar sobre la compatibilidad entre este “pensamiento único” y los valores democráticos. Si no hay pluralidad, si sólo se contempla una única vía posible, la democracia deja de tener sentido. El éxito rotundo del “pensamiento único” ha acabado convirtiendo la política en un medio para posibilitar la simple alternancia de partidos. Actualmente hay alternancia de partidos pero no alternativas. Tanto los partidos políticos de izquierdas como los de derechas, en lo fundamental, han asumido la lógica dominante. Como empiezan ya a señalar algunos autores, la falta de alternativas a un sistema, anula la democracia y la convierte en “un totalitarismo tranquilo”⁷.

Evidentemente, a pesar de lo que se diga, no han desaparecido las ideologías, pero sí que es cierto que una ideología se ha convertido en ama y señora del presente. La pericia del “pensamiento único” consiste precisamente en utilizar la ya vieja estrategia de intentar hacer pasar los intereses de determinadas fuerzas económicas, especialmente las del gran capital internacional, por intereses universales. La teoría del “pensamiento único” ha sido definida, por el creador de esta expresión⁸, como:

la traducción a términos ideológicos de pretensión universal de los intereses de un conjunto de fuerzas económicas, en especial, las del capital internacional. Se puede decir que está formulada y definida a partir de 1944, con ocasión de los acuerdos de Bretton-Woods. Sus fuentes principales son las grandes instituciones económicas y monetarias –Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, Acuerdo General sobre Tarifas Aduaneras y Comercio, Comisión Europea, Banco de Francia, etc.– quienes, mediante su financiación, afilian al servicio de sus ideas, en todo el planeta, a muchos centros de investigación, universidades y fundaciones que, a su vez, afinan y propagan la buena nueva. Esta es recogida y reproducida por los principales órganos de información económica y principalmente por la *biblias* de inversores y especu-

6 La democracia nunca debería haber sido entendida como un logro ya materializado en sus principios fundamentales, sino como un camino que se está recorriendo, con grandes esfuerzos y dificultades. En relación con los principios democráticos, en el mejor de los casos, podríamos afirmar que hasta ahora tan sólo se han conseguido construir los primeros cimientos del edificio. En ningún caso debería ser admitida la perversa idea de que ya hayamos tocado techo. En este sentido nos parece muy apropiada la distinción que establece Samir Amin entre “democracia” y “democratización”. Samir Amin apuesta por el término “democratización” porque subraya el aspecto dinámico de un proceso todavía no terminado, mientras que la palabra “democracia” puede reforzar la ilusión de un estadio definitivo y ya conseguido. Cf. Samir Amin, “Imperialismo y globalización”, en *Revista Globalización*, junio 2001, p. 4.

7 Cf. Bellon, A. y Robert, A.C: *Un totalitarisme tranquille. La démocratie confisquée*, Éditions Syllepse, París, 2001.

8 Cf. Ramonet, I: “El pensamiento único”, *Le Monde diplomatique*, enero, 1995.

ladores de bolsa –*The Wall Street Journal, The Financial Times, The Economist, Far Eastern Economic Review, Agencia Euter, etc.*– que suelen ser propiedad de grandes grupos industriales o financieros. En casi todas partes, facultades de ciencias económicas, periodistas, ensayistas y también políticos, examinan de nuevo los principales mandamientos de estas nuevas tablas de la ley y, usando como repetidores los medios de comunicación de masas, los reiteran hasta la saciedad sabiendo a ciencia cierta que, en nuestra sociedad mediática, repetición vale por demostración⁹.

Efectivamente, las prerrogativas del “pensamiento único”, a fuerza de ser repetidas una y otra vez, se han convertido en una cantinela tan familiar que resulta bastante difícil dejar de entonarla. Han penetrado tan profundamente en nuestras categorías mentales que se nos aparecen como recubiertas por un halo de autoevidencia, de naturalidad y de inevitabilidad. La finalidad última del mensaje de este integrista económico es convencernos de que las cosas no pueden llegar a ser de otra manera y que, por tanto, tan sólo nos queda la plácida sumisión a la lógica del sistema.

El principal mandamiento del “pensamiento único” es simple: lo económico debe primar indiscutiblemente sobre lo político. El Estado debe retirarse por el ya conocido argumento según el cual las relaciones económicas y mercantiles tienen por sí mismas el poder de autocorrección de todas las posibles disfunciones que puedan emerger en el sistema. La “mano invisible” no debe ser entorpecida por la intervención del Estado. Por tanto la desreglamentación y la privatización se convierten en dos pilares básicos. El libre intercambio sin límites, en tanto que animador de la competencia y de la competitividad, es contemplado entonces como la mejor garantía para el progreso económico y social. Y se considera que tendrían que ser sobre todo los mercados financieros los que deberían orientar y determinar el movimiento general de la economía. Gracias a la mundialización, se nos dice también, se favorecerá la división internacional del trabajo que, a su vez, abaratará los costos salariales y las reivindicaciones sindicales.

Este nuevo catecismo es el que se pretende que marque la dirección a seguir tanto a las economías del Primer Mundo como a las de los países más pobres. La verdad, si es absoluta, no puede hacer distinciones de ningún tipo. El Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio, y las diversas instituciones internacionales de este estilo, se dedican desde hace años a esta nueva tarea de adoctrinación basada en los principios del neoliberalismo.

Aunque cabe tener en cuenta que la globalización económica no es una realidad totalmente nueva –Marx ya predijo que la burguesía crearía un mundo hecho a su imagen y semejanza¹⁰, los antecedentes más inmediatos de este proceso de liberalización de la econo-

9 I. Ramonet, “Pensamiento único y nuevos amos del mundo”, en N. Chomsky y I. Ramonet, *Cómo nos venden la moto*, Icaria, Barcelona, 1998, pp. 58-59. La tesis de Ramonet es que las leyes del mercado no sólo están imperando en el ámbito económico, sino que la teoría del pensamiento único es una ideología que está impregnando todos los demás ámbitos, desde la política, el deporte, la cultura, hasta la universidad.

10 Marx, K. y Engels, F: *El manifiesto comunista. Once tesis sobre Feuerbach*, Alhambra, Madrid, 1986, p. 56. Precisamente hoy, cuando soplan malos tiempos para el marxismo, K. Marx debería ser recuperado del casi olvido donde le ha situado el mundo académico occidental. Su retiro al “desván” no se ha debido únicamente al colapso de la antigua URSS, sino también al hecho de que sus análisis sobre el funcionamiento del sistema capitalista del siglo XIX resultan aún demasiado pertinentes para la denuncia de las injusticias flagrantes del

mía mundializada deben buscarse en la segunda mitad del siglo XX. Hasta 1971 prevaleció el régimen de cambios fijos que se había establecido en 1944 en los acuerdos de Bretton Woods¹¹. M. Friedman y sus seguidores soñaron entonces en las ventajas que podrían conseguirse si se impusiera la libre fluctuación de las divisas. Estas, una vez liberadas de toda traba, obedecerían simplemente a las leyes internas de los mercados y de esta forma las monedas reflejarían mucho mejor el estado real de la economía.

Este sueño empezó a materializarse a partir de la década de los setenta. En 1971, en razón de una medida tomada por R. Nixon, se produjo la desvinculación del dólar y el oro. Y, en 1973, se introdujo finalmente la libre fluctuación de las monedas. Así empezó a convertirse en realidad lo que los economistas han llamado el fenómeno de “las 3D”: desreglamentación, desintermediación y descompartmentación.

El desmantelamiento de los sistemas nacionales de control de cambios impulsado sobre todo entre 1983 y 1984 bajo el auspicio de R. Reagan y M. Thatcher condujo, en 1990, a la creación de un mercado único de capitales. En 1997 llegó finalmente la autorización otorgada a los agentes financieros para que pudieran moverse libremente e instalarse donde mejor les conviniera. A partir de entonces las finanzas liberadas de toda traba permitieron que la especulación se abriera a escala planetaria.

Con razón los economistas hablan del paso de un sistema de naciones a una economía globalizada que ha desembocado en la proliferación de transnacionales resultantes de las fusiones entre macroempresas. Las actuales relaciones económicas, a pesar de ser etiquetadas de “neoliberales”, más que favorecer la libre competencia, establecen de hecho la progresiva concentración del gran capital en manos de las transnacionales:

Así vemos surgir, al lado de las naciones y por encima de ellas, nuevos centros de decisión que intentan imponer su ley. Mientras que nosotros seguimos pensando siempre en términos de naciones, la división internacional del trabajo, los intercambios internacionales, se reorganizan fuera de ellas, alrededor de grandes polos privados. Sin duda, la nación no ha desaparecido aún, dado que las firmas transnacionales no permanecen totalmente sordas a las órdenes de los gobiernos de los que cada una depende por su titularidad—las transnacionales conservan un mínimo de nacionalidad—; pero de ahora en adelante el mundo se convierte en el nivel pertinente de análisis de la vida económica; incluso para comprender los problemas de las naciones, se ha de partir del nivel mundial¹².

actual neoliberalismo. Es evidente que nuestra realidad no es la misma que describió Marx, pero no sería dañino, sino al contrario, estimulante, releerlo como a un clásico. Cf. F. Fernández Buey, “Marx (sin ismos)”, *El Viejo Topo*, Barcelona, 1998.

11 Acuerdos firmados por los países aliados para intentar poner orden en el sistema de relaciones comerciales y monetarias internacionales. Entre sus fines se contemplaba el hecho de mantener estables los tipos de cambio entre los mercados.

12 Passet, R: *La ilusión neoliberal*, Debate, Madrid, 2001, p. 100. La obra de este autor ha sido fundamental para armar los argumentos económicos que aparecen en este artículo. Economista especializado en temas de desarrollo, R. Passet es profesor emérito de la Universidad París I-Pantheon-Sorbonne, presidente del comité científico de la asociación ATTAC y pionero de los nuevos enfoques llamados sistémicos o transdisciplinarios.

Este creciente dominio de las transnacionales, que ha sido definido por N. Chomsky como el dominio de “tiranías privadas increíbles que hacen palidecer a los estados totalitarios”¹³, debe relacionarse con otra característica definitoria de la actual economía globalizada. Nos referimos a la progresiva pérdida de protagonismo de la esfera productiva en favor de la puramente especulativa, tendencia abierta también a partir de la caída del sistema Bretton Woods¹⁴. En los principales países industrializados –EEUU, Japón, Francia o Reino Unido–, el mercado bursátil relacionado con la economía productiva representa tan sólo entre un 5% y un 10%. El resto está volcado por entero en el mercado especulativo “de ocasión”:

Los movimientos especulativos, tanto como las inversiones en el extranjero, proceden de oleadas que se inflan y se desinflan solas. Dado que el aflujo parece confirmar la oportunidad de las inversiones, los capitales llaman a los capitales. La burbuja crece, hasta el día en que la saturación produce bajas ineludibles del rendimiento. Cuando las primeras dudas provocan las primeras retracciones, el pánico sucede a la euforia, el movimiento se invierte y los vampiros huyen tan rápidamente como habían venido¹⁵.

Según Passet, estos movimientos nada tienen que ver con las “bases sólidas” de la economía que pronosticó Friedman. Al contrario, el financiero, aunque quiera presentarse como un vislumbreador privilegiado del futuro, no hace más que actuar como el “cordero de Panurgo”¹⁶. Así por ejemplo sucedió en Indonesia, Corea, Malasia, Tailandia o Filipinas. De 1994 a 1996 el aflujo de capitales en estos países pasó de 40.500 millones de dólares a 93.000. Pero repentinamente, en 1997, el flujo se invirtió y desaparecieron unos 12.100 millones. No obstante, la economía de la mayoría de estos países disponía entonces de un crecimiento entre el 5% y el 6%. Y cabe tener en cuenta que, ante la potencia de este capital especulativo, el margen de resistencia de las economías nacionales es muy escaso ya que no hay banco central en el mundo que sea capaz de soportar, de forma duradera, los envites de la especulación internacional¹⁷.

13 Chomsky, N: *Lucha de clases. Conversaciones con David Barsamian*, Crítica, Barcelona, 1997, p. 47.

14 James Tobin, ganador del premio Nobel de Economía, en su discurso a la Asociación Económica Norteamericana en 1978, ya apuntó el hecho de que el progresivo protagonismo del capital especulativo frente al productivo crearía una economía de bajo crecimiento, de salarios reducidos y provocaría un aumento de las desigualdades al favorecer la concentración de la riqueza en sectores muy reducidos de la población. Para paliar estos efectos, Tobin propuso la creación de un impuesto, de ámbito internacional, sobre el capital especulativo.

15 Passet, R: *Ob. Cit.*, p. 128.

16 En las inversiones financieras lo que uno piensa es menos importante que lo que cree que piensan los demás. Cada financiero está permanentemente atento a las estimaciones y reacciones de los otros, intentando obtener posible información que se le hubiera podido escapar. En esta situación de vigilancia mutua, cuando un “cordero” salta la verja, inmediatamente aparece otro cordero que intuye que deben haber buenos motivos para realizar dicha acción y también se aventura a dar el salto. A partir de entonces aparecerán nuevos corderos que no estén dispuestos a perderse lo que presuponen que debe ser un acontecimiento importante, y así, uno tras otro, los demás corderos huyen en estampida. A este tipo de situaciones se las llama “profecías autorrealizadoras”.

17 Ejemplar fue también el caso de la crisis financiera desencadenada en México a finales de 1994. En este caso, algunos de los Estados de más peso, entre ellos los EEUU, juntamente con el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional reunieron unos 50.000 millones de dólares para intentar frenar las consecuencias nega-

No deja de ser alarmante que esta lógica sin lógica, que este “capitalismo de casino”¹⁸, sea precisamente el que se esté convirtiendo en predominante. El mundo de las finanzas ha dejado de ser tan sólo un sector relevante pero particular de la economía, para transformarse en una actividad transversal que actúa como centro neurálgico de todos los demás ámbitos de la economía. Los volúmenes de capital que intervienen en el mundo de las finanzas son tan considerables y están tan concentrados que otorgan a sus detentores un ingente poder de presión, tanto sobre el mundo empresarial como sobre los mismos Estados. Piénsese, por ejemplo, en el hecho de que los fondos de pensiones representaban el 28% del PIB británico en 1980 y el 73% en 1993, y durante las mismas fechas, en EEUU pasaron del 34,6% al 68% del PIB de este país.

René Passet no tiene ninguna duda de que actualmente es el mundo de las finanzas el que marca el compás que debe bailarse. Cuando desde Maastricht y Amsterdam se aprueban los criterios que deben reunirse para poder acceder a la participación en el euro; cuando la OCDE emite sus juicios de valor; cuando el FMI establece las normas que deben seguir los países que quieran recuperar sus economías, no se está haciendo nada más que reforzar los intereses de este gran capital.

Los márgenes de movimiento de la política, ante estas nuevas formas de monopolio, están quedando seriamente amenazados. Los gobiernos nacionales están totalmente condicionados, en sus decisiones, por los imperativos de la esfera de las finanzas. Estos nuevos amos del mundo evidentemente sólo apoyan los programas electorales que saben que les van a ser favorables. Si nuestros políticos no son capaces de idear medidas de control sobre esta esfera de la economía, las elecciones se convertirán cada vez más en un simple acto teatral donde el argumento estará ya siempre predeterminado. Los mismos protagonistas de este nuevo orden mundial admiten abiertamente que a los Estados nacionales cada vez más se les está reservando el simple papel de extras:

La mundialización del comercio y de las inversiones ha reducido la independencia de los gobiernos. (...) Hemos creado este nuevo mundo de los mercados mundiales y de la comunicación instantánea que ha ganado en eficacia y en competitividad, sobrepasando los poderes de los gobiernos¹⁹.

Si actualmente en las grandes decisiones económicas que marcan la dirección básica de una sociedad sólo podemos esperar de la política una simple alternancia de partidos que no garantiza la verdadera elección entre alternativas diferentes y si, además, los gobiernos resultantes de las urnas están supeditados a un poder económico que les supera, entonces la palabra democracia es más un mito que una realidad:

tivas de dicha crisis. Este ha sido hasta el momento el mayor esfuerzo financiero llevado a cabo. Pero cabe tener en cuenta que sólo tres fondos de pensiones norteamericanos –*Fidelity Investments*, *Vanguard Group* y *Capital Research and Management*– controlan 500.000 millones de dólares.

18 Cf. Strange, S: *Dinero loco: el descontrol del sistema financiero global*, Paidós, Barcelona, 1999.

19 Declaraciones realizadas por Peter Sutherland, presidente del banco de negocios *Goldman Sachs International* y ex presidente del GATT. Cf. *Le Monde*, 7 de agosto de 1998. Citado por R. Passet, *Ob.Cit.*, p. 135.

La cuestión es que la concentración de capital privado es por el momento tan extraordinaria y de una escala transnacional tal que no hay mucho que pueda hacerse desde los sistemas políticos para influir en él. (...) Los políticos pueden jugar a lo que quieran, pero existe una tiranía privada suficiente para asegurar lo que el Banco Mundial denomina “aislamiento tecnocrático”. En suma, se siguen haciendo las mismas cosas pese a lo que digan las urnas²⁰.

El poder de lo que la prensa financiera llama “megaempresas”, sumado a la manipulación de la opinión pública ejercida por los medios de comunicación, representan para N. Chomsky unas claras amenazas para la democracia porque desplazan a la ciudadanía de la arena pública:

Existen enormes concentraciones de poder privado que son lo más próximo a la tiranía y al totalitarismo que todo lo que los seres humanos hayan diseñado, y que poseen un poder extraordinario. (...) Naturalmente, son tiranías e instituciones totalitarias, nadie debería tener ninguna duda al respecto. Cuanto más poderosas e integradas, representan, sólo por ello, un ataque importante a la democracia y a los mercados²¹.

Pero a pesar de lo que muestra el análisis del panorama económico mundial, el poderoso mito de la democracia sigue dominando el imaginario occidental. Sólo si aceptamos que la democracia y la política están perdiendo terreno ante los imperativos dominantes del gran capital internacional, seremos capaces de luchar a favor de auténticos y reales procesos de democratización que devuelvan algún sentido a la política y a la democracia.

Hasta el momento, pero, lo que está haciendo el poderoso mito político de la democracia es favorecer que la barbarie resultante de las crecientes desigualdades económicas quede velada. El “pensamiento único” admite la importancia de algunos costes humanos y naturales que se derivan del neoliberalismo, pero se nos asegura que la solución sólo puede residir en un “plus” de liberalismo. Pretenden convencernos de que, a largo plazo, el mismo sistema proporcionará la solución a los problemas que actualmente está generando.

Pero el panorama de sufrimiento humano y de destrucción del hábitat natural es demasiado espeluznante como para quedarnos con los brazos cruzados. Resulta hiriente hacer memoria del hecho de que en su *World Food Survey* de 1974 la FAO (Organización para la Alimentación y la Agricultura de Naciones Unidas) pronosticaba que dentro de seis años desaparecerían los casos de subalimentación en el mundo. En el inicio del siglo XXI nos encontramos con que unos treinta millones de seres humanos mueren cada año de hambre y otros cientos de millones sobreviven gravemente mal nutridos²².

Jean Ziegler nos recuerda que la hambruna ha acompañado al hombre desde sus inicios, pero que actualmente ha variado radicalmente su causa. Ya no es un problema de falta

20 Chomsky, N: *Lucha de clases. Conversaciones con David Barsamian*, Ed. Cit., p. 52.

21 *Ibid.*, pp. 131 y 154.

22 En el inicio del siglo XXI la mitad de la población vive por debajo de los índices de pobreza. Se calcula que unos 1.200 millones de personas tienen que intentar sobrevivir con menos de un dólar al día.

de recursos, sino de injusta distribución de los bienes disponibles. Con un repartimiento más equitativo de la riqueza sería posible alimentar al doble de la población mundial actual. Así, la fatalidad se ha convertido en pura y simple arbitrariedad²³.

Durante las campañas electorales, nuestros políticos, y sobre todo los representantes del gran capital que financian su llegada al poder, tendrían que ser obligados a intentar pronunciar sus vacíos discursos en medio de los campos de refugiados de cualquier parte del mundo que acogen a estos peregrinos del hambre. Que vieran como los voluntarios se ven forzados, debido a la falta de recursos, a seleccionar a aquellos que podrán recibir la ayuda humanitaria. Sólo los que parecen que aún no tienen dañados irreversiblemente su cuerpo, son marcados con un brazalete de plástico en su muñeca que les permitirá, una vez al día, presentarse ante los centros destinados a la distribución de alimentos.

Todos hemos experimentado el desgarró de contemplar, en la pantalla de nuestro TV, un informativo que nos ofrece, sobre un fondo de comentarios que sentimos como demasiado atrapados por cierto desapego, las imágenes de estos hombres, mujeres y niños que casi no les queda cuerpo para seguir en este mundo. ¿Y su alma? Quizás haya muerto ya mucho antes en cualquier parte de Somalia o de Etiopía. Y sabemos que, quizás un día, nos pedirán cuentas. Como ocurrió después de la barbarie del genocidio nazi, los que han de venir se preguntarán: “¿cómo fue posible que el poderoso y orgulloso Occidente permitiera que cada año, después de una lenta e inenarrable agonía, perecieran millones de seres humanos simplemente debido al hambre?”. Con inocente incredulidad ante tanta tragedia evitable, pensarán que posiblemente no sabíamos lo que estaba sucediendo. De ser conscientes de ello, se dirán, no habríamos dudado en aplicar nuestras grandes capacidades científico-técnicas para erradicar ese sufrimiento dantesco.

Pero pronto averiguarán, los que han de venir, que en este caso no puede haber ningún eximente por ignorancia. Saber se sabía. Información, precisamente información, nunca faltó. La barbarie conocida, televisada, narrada, analizada, debatida, consciente, ha acabado formando parte de nuestra “normalidad”. Es como si nos la hubieran estado inyectando a pequeñas dosis hasta conseguir aumentar nuestro nivel de permisividad ante lo intolerable. Pero a pesar de nuestra indiferencia o de nuestra impotencia, las cifras muestran que la situación ha empeorado gravemente en las últimas décadas:

La causa principal de las hecatombes por subalimentación y hambruna es la desigual distribución de las riquezas de nuestro planeta. Esta desigualdad es negativamente dinámica: los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. En 1960 el veinte por ciento de los habitantes más ricos del mundo disfrutaban de una renta treinta y una veces superior al veinte por ciento de los habitantes más pobres. En 1998 la renta del veinte por ciento más rico es ochenta y tres veces superior a la del veinte por ciento más pobre. (...) El concepto de desigualdad nos suena a irreal y su significado es insuficiente. El término aparece en un mundo que ya no se asombra ante las estadísticas. Las cifras citadas más arriba esconden una realidad de sufrimiento y de desesperación. La desigualdad negativamente dinámica que rige el orden actual del mundo produce la siguiente situación: por un lado, un poder político, económico, ideológico, científico y militar sin límites identificables, ejercido

23 Cf. Ziegler, J: *El hambre en el mundo explicada a mi hijo*, Muchnik Editores, Barcelona, 2000, pp. 15 y ss.

por una escasa oligarquía transnacional; por el otro, la falta de vida, la desesperación y la hambruna vividas por cientos de millones de seres anónimos²⁴.

Así es nuestro contradictorio presente. Mientras en el llamado Primer Mundo se toman medidas a favor de la destrucción masiva de alimentos o se limita su producción para garantizar un precio mínimo, millones de seres de los extrarradios de las grandes ciudades del Tercer Mundo hurgan diariamente entre los desechos de unos pocos afortunados. África es sin duda el continente más afectado, pero las políticas neoliberales están sacudiendo duramente el resto del Tercer Mundo. En 1999 el cuarenta y cinco por ciento de los latinoamericanos pertenecían al llamado "sector informal". La mayoría habitan en los alrededores de las urbes donde residen las clases medias y altas —desde las poblaciones callampas de Chile y de las favelas de Brasil, a las barriadas de Perú— y no disponen de ingresos regulares, ni de asistencia médica, ni de escolarización, viéndose sometidos al paro permanente y a la subalimentación crónica. Ciertamente el capitalismo actual tiene aspectos que lo hacen aún más crudo que el del siglo XIX. Hoy existe todo un sector creciente de población que ni tan siquiera cuenta para ser explotado. Ya no se trata de una desigualdad sino de una exclusión absoluta. Esta es la realidad de la actual globalización basada en los principios del neoliberalismo: "El instrumento de acercamiento se convierte en el de la ruptura. Lo que se comprueba, bajo la apariencia de las convergencias globales, es la marginación creciente de la franja más desfavorecida del planeta. Todos los indicadores lo atestiguan"²⁵.

René Passet muestra que esta tendencia se observa en todos los niveles. Está claramente presente en los flujos mundiales de capitales, de los que el 80% se mueven dentro de la Tríada²⁶. La participación en el comercio mundial reproduce el mismo tipo de discriminación. La parte de los países más pobres pasaba de un 9% de importaciones en 1980 a un 1,4% en 1990, y a un 1% en 1998. En términos de reparto, también se aprecia un aumento de las desigualdades. La diferencia entre las rentas de la quinta parte de los habitantes de los países más ricos y la quinta parte que los de los países más pobres llegaba a una proporción de 30 a 1 en 1960, de 60 a 1 en 1990, y de 74 a 1 en 1997. Los beneficios de las 500 mayores empresas del mundo se elevan a 320.000 millones de dólares en 1995, equivalente a la suma de los PIB de los 43 países más pobres, que engloban a 1.000 millones de habitantes. Los intercambios mundiales de productos y servicios culturales se han triplicado entre 1980 y 1991, sin embargo, allí donde el mercado se ha abierto ha sido a expensas de las pequeñas empresas y de las culturas locales²⁷.

Es muy posible que los procesos de globalización que están convirtiendo el mundo en un espacio interdependiente sean irreversibles, pero lo que debe ser cuestionado con contundencia es que deban seguir los perjudiciales principios del actual neoliberalismo. El sistema económico imperante no sólo ha tenido consecuencias nefastas para los países más pobres, también está contribuyendo activamente al retroceso de algunas de las principales

24 Ziegler, J: *Op. Cit.*, pp. 118-119.

25 Passet, R: *Op. Cit.*, p. 158.

26 EEUU, Europa occidental y Japón.

27 Cf. Passet, R: *Op. Cit.*, pp. 160-163.

conquistas sociales que se habían conseguido en el Primer Mundo²⁸. Debemos arrancar el deslumbrante velo que cubre el mito de la democracia para enfrentarnos a esta realidad provocada por el neoliberalismo: injusticias flagrantes que comportan hambre, muerte y sufrimiento evitables a la mayoría de seres humanos de nuestro planeta, que provocan la destrucción insensible e irresponsable de la naturaleza y convierten a la política en un simple instrumento al servicio de los intereses del gran capital. Aunque los fanáticos del neoliberalismo sigan aferrados al principio sagrado de la rentabilidad mercantil a corto plazo, debemos denunciar no sólo su falta de escrúpulos, sino también su incapacidad de contemplar los efectos a largo plazo. Los defensores del neoliberalismo basan sus argumentos en los datos proporcionados por los llamados “indicadores”: el equilibrio presupuestario, la estabilidad de los precios, la tasa de crecimiento del PIB o la balanza de importaciones y exportaciones. R. Passet, que considera que la no destrucción del medio ambiente y la no degradación social y humana deberían ser dos exigencias innegociables para el funcionamiento de la economía²⁹, asegura que esta actitud de los defensores del neoliberalismo, de insistir únicamente en los éxitos macroeconómicos mostrados por dichos indicadores, es comparable a la situación descrita en un famoso proverbio chino que explica que cuando un sabio señala al cielo con el dedo, el idiota centra su atención en el dedo³⁰. Passet apuesta por una economía que esté “al servicio de” y no se convierta en “dueña de”. Pero para ello es necesario despertar del “sueño dogmático” del neoliberalismo donde lo político resulta incapaz de solucionar lo humano porque está totalmente supeditado a lo económico. En caso contrario, si la política sólo rinde cuentas a los intereses puramente económicos, la democracia deja de ser democrática:

Detrás de la parafernalia democrática formal se oculta el dominio de una facción social sobre todas las demás; esta democracia es la que impera, de forma mayoritaria, en el mundo a partir del momento en que se ha puesto al servicio de los intereses del capitalismo en lugar de procurar frenarlos. Si el arbitraje emana de un centro o de una cúspide, que impone la lógica global del “todo” ahogando la expresión de las partes integrantes (reduccionismo por la cúpula), estamos ante un “totalitarismo” en el sentido estricto del término³¹.

Desde este punto de vista no debe extrañarnos que la opinión pública vaya perdiendo su confianza en los movimientos políticos tradicionales. La media de participación electoral en Europa y en los EEUU ha descendido del 70% de hace dos décadas al actual 50%. No obstante, la sociedad civil está empezando a reaccionar y a denunciar que su no implicación en las elecciones no es producto de la pasividad y la indiferencia, sino que se están buscando nuevas formas de compromiso político que escapen del ámbito pervertido de la política

28 En Europa, el llamado “Estado del bienestar” empezó a ser criticado a partir de la caída del muro de Berlín en 1989 y, desde entonces, lentamente y silenciosamente, se han ido tomando medidas que minan su existencia, produciéndose una progresiva “americanización” de Europa a través del fomento de las políticas de flexibilidad y precariedad laboral, y el cuestionamiento de las políticas sociales.

29 La economía debería englobar, forzosamente, las esferas de lo humano-individual, lo humano-social y la naturaleza, y no rendirse sólo a las exigencias de la simple rentabilidad económica.

30 Cf. Passet, R: *Op. Cit.*, p. 33.

31 *Ibid.*, p. 220.

de partidos. Concretamente, después de los acontecimientos que tuvieron lugar en Seattle a finales de 1999, podríamos afirmar que parece haberse acabado el llamado “síndrome de Tina” (“*there is no alternative*”). Sin duda, la domesticación de los individuos tiene un límite y estamos presenciando la aparición de una conciencia internacional en contra, no de la globalización aunque la prensa nos haya acostumbrado a hablar de “movimientos anti-globalización”, sino sobretudo de los caminos concretos que está siguiendo dicha globalización³². Si en el título de este artículo nos atrevemos a hablar del paso del mito de la democracia a la creación de una “Internacional civil”³³, es porque creemos que ante los diferentes poderes de signo global a través de los cuales el neoliberalismo intenta implantar sus intereses, están naciendo una fuerzas de resistencia también globales.

Si en Seattle, ante la sorpresa de los mismos organizadores del encuentro, pudieron reunirse más de 50.000 personas llegadas de todas partes del mundo, es porque, a pesar de su no visibilidad, nunca se había dejado de luchar contra las injusticias del presente. La luchas locales y sectoriales eran una realidad antes de Seattle. La novedad a partir de entonces es que, partiendo de lo local, hay la voluntad de una movilización global. Lo que se puso de manifiesto en todos los encuentros de estos movimientos desde entonces es que las causas últimas de los problemas que pueden tener los ecologistas occidentales, los campesinos latinoamericanos, los indígenas del Amazonas o de México, las feministas del mundo, o los sectores más desfavorecidos de África y de Asia, tienen una raíz común. El neoliberalismo, el actual estadio de desarrollo del sistema capitalista, es señalado como el responsable principal. Y el FMI, el BM o la OMC, en tanto que portavoces y propagadores del neoliberalismo, se han convertido en la punta de lanza de los ataques de estos movimientos.

Aunque dichos movimientos parecen inclasificables dentro de los esquemas tradicionales porque no siguen una única ideología convertida en ortodoxia, ni enarbolan las siglas de un partido, su capacidad de movilización abre la esperanza de que los tiempos puedan estar cambiando. Puede estar en marcha la creación de “un mundo donde puedan caber todos los mundos”³⁴.

- 32 Sería mejor hablar de “la otra” globalización porque estos movimientos no están en contra de las interconexiones, entre otras razones porque ellos mismos, para crear red, se sirven de Internet, y están a favor del compartir experiencias y debates a nivel internacional. Y precisamente una de las cosas más interesantes de estos movimientos es que abogan por una lucha a nivel mundial, que integre las reivindicaciones locales en el marco de una resistencia global. Para un análisis de estos movimientos, y de sus antecedentes, cf. Pepa Roma, *Jaque a la globalización. Cómo crean su red los movimientos sociales y alternativos*, Grijalbo, Barcelona, 2001.
- 33 El primer encuentro después de Seattle que realizaron los movimientos contra las actuales formas de la globalización tuvo lugar en Boston el 17 de marzo del 2000 y en este contexto se propuso trabajar en la gestación de una “Internacional civil”.
- 34 La “heterodoxia” de estos movimientos puede entenderse si tenemos en cuenta que hay un precedente claro que tuvo una gran influencia en algunas de sus características principales, nos referimos al papel desempeñado por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. El “Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo”, que tuvo lugar en Chiapas en 1996 bajo el auspicio del EZLN, ha marcado tanto las formas de organización, de lucha, como los análisis que realizan estos movimientos a favor de otro tipo de globalización. También resulta muy interesante el hecho de que la búsqueda del EZLN de nuevas formas de hacer y decir la política haya surgido, tal como explica el subcomandante Marcos, del encuentro de un grupo creado en 1983 bajo las directrices de la tradición de las guerrillas latinoamericanas de los setenta de ideología marxista-leninista, con la realidad de los indígenas mexicanos. Para revitalizarse y buscar nuevas formas de lucha adecuadas al presente, la tradición revolucionaria de origen europeo ha debido aprender de la sabiduría inherente a las culturas ancestrales, como es la cultura maya. Cf. la intervención oral del subcomandante Marcos, “Unas palabras sobre nuestro pensamiento”, en *Crónicas intergalácticas EZLN. Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo*, Chiapas, México, 1996, pp. 65-71.